

Deleuze, Gilles. *Empirismo y subjetividad* (trad. Hugo Acevedo). Ed. Gedisa, Barcelona, 2007, pp. 117-119.

“VI. Los principios de la naturaleza humana

El atomismo es la teoría de las ideas en tanto las relaciones son exteriores a ellas.; el asociacionismo, la teoría de las relaciones en la medida en que son exteriores a las ideas, es decir, en tanto dependen de otras causas. Ahora bien, bajo estos dos aspectos hemos visto que hay que desconfiar de las objeciones que siempre se le han formulado al empirismo de Hume. No vamos, sin embargo, a presentar a éste como una víctima excepcional, como una víctima que ha sufrido más que nadie la injusticia de las críticas constantes. A todos los grandes filósofos les sucede lo mismo. En suma, uno se asombra cuando se considera el sentido general de las objeciones interpuestas contra Descartes, Kant, Hegel, etcétera. Digamos que las objeciones filosóficas son de dos tipos. Unas, la mayoría, no tienen de filosóficas nada más que el nombre. Consisten en criticar una teoría sin considerar la índole del problema al que ésta responde y en el que encuentra su fundamento y estructura. Así se le reprocha a Hume haber “atomizado” lo dado, y al mostrar en la base de un sistema una decisión de Hume en persona, un gusto particular de Hume o del espíritu de su época, se cree denunciar suficientemente ese sistema. Nos presentan lo que *dice* un filósofo como si fuera lo que éste *hace* o *quiere*. Y como crítica suficiente de la teoría nos presentan una psicología ficticia de las intenciones del teórico. El atomismo y el asociacionismo se ven así tratados como proyectos arteros que descalifican por anticipado a quienes los formulan. “Hume ha pulverizado lo dado” ¿Pero qué se cree explicar con ello? Además, ¿se cree haber dicho algo? Hay que comprender, sin embargo, qué es una teoría filosófica a partir de su concepto; no nace sola y por puro gusto. No basta siquiera decir que es la respuesta a un conjunto de problemas. Sin duda, esta indicación tendría al menos la ventaja de hallar la necesidad de una teoría en una relación con algo que pueda servirle de fundamento, pero sería una relación más científica que filosófica. A decir verdad, toda teoría filosófica es un problema desarrollado, y nada más: por sí misma, en sí misma, consiste, no en resolver un problema, sino en desarrollar *hasta el fondo* las implicaciones necesarias de una cuestión formulada. Nos muestra lo que son las cosas, lo que las cosas deben ser, suponiendo que la cuestión sea buena y rigurosa. Cuestionar significa subordinar, someter las cosas a la cuestión de manera tal que en esa sumisión compelida y forzada nos revelen una esencia, una naturaleza. Criticar la cuestión significa mostrar en qué condiciones es posible y cuándo está bien planteada, es decir, cómo las cosas no serían lo que son si no fuera ésta la cuestión. Quiere, pues, decir que estas dos operaciones son sólo una, una sola operación que consiste siempre y necesariamente en desarrollar las implicaciones de un problema, dando sentido a la filosofía como teoría. En filosofía, la cuestión y la crítica de la cuestión son una misma cosa; o si se prefiere, no hay crítica de las soluciones, sino sólo una crítica de los problemas. Por ejemplo, en el caso de Descartes, si la duda es problemática no es simplemente porque es provisoria, sino porque es el enunciado – impulsado hasta el límite – de las condiciones del problema al que responde el *cogito*, o mejor dicho el problema al que responde el *cogito*, o mejor dicho el problema cuyas primeras implicaciones va a desarrollar el *cogito*. En este sentido vemos lo nulas que son la mayoría de las objeciones formuladas a los grandes filósofos. Se les dice: las cosas no son así. Pero en rigor no se trata de saber si las cosas son así o no lo son; se trata de saber *si es o no es bueno, si es riguroso o no, el problema que las hace así*. A Hume se le dice que lo dado no es un conjunto de átomos, o que la asociación no puede explicar el contenido singular de un pensamiento. Entonces el lector no tiene que sorprenderse de encontrar en el texto mismo que lee la refutación literal de todas esas objeciones, no obstante ser posteriores. En verdad, una sola especie de objeciones es válida: la que consiste en mostrar que la cuestión planteada por determinado filósofo no es una buena cuestión, que no fuerza suficientemente la naturaleza de las cosas; que habría que plantearla de manera distinta, plantearla mejor o plantear otra cuestión. Sólo de esa manera un filósofo objeta a otro; por ejemplo, como veremos más adelante, cuando Kant critica a Hume. Desde luego, sabemos que una teoría filosófica tiene factores psicológicos y sobre todo sociológicos, pero éstos no conciernen a otra más que a la cuestión misma, y sólo para darle una motivación, sin decirnos si es una verdadera o falsa cuestión. De modo, pues, que no tenemos elección para hacer objeciones a Hume. No se trata de decir: ha pulverizado lo dado, lo ha atomizado. Únicamente se trata de saber: ¿la cuestión que él plantea es la más rigurosa? Ahora bien, Hume plantea la cuestión del sujeto y lo sitúa en los términos siguientes: *el sujeto se constituye en lo dado*. Presenta las condiciones de

posibilidades, la crítica de la cuestión, en esta forma: *las relaciones son exteriores a las ideas*. En cuanto al atomismo y al asociacionismo, no son más que las implicaciones desarrolladas de esta cuestión. Si se lo quiere objetar, es necesario juzgar esta cuestión y nada más. En efecto, no hay nada más”